

El luto: una actividad amorosa¹

Camilo Ramírez Garza

Gabriela Pineda Aguilar, In Memoriam

“¡Estamos hasta la madre!”

Javier Sicilia

Cualquier cosa que escriba en este espacio no sería suficiente para expresar el inmenso dolor por la pérdida de un ser querido. A partir de un momento, intentar vivir con su presencia silenciosa llamada ausencia, nos confronta con el vacío en el que se sostiene nuestra existencia: no pedir nacer y no poder hacer nada –hasta nuevo aviso- para no morir. Las religiones cumplen la función de intentar sostener el enigma de la vida después de la muerte. El problema de la muerte es un asunto humano: nadie sabe cómo reaccionará –a partir de no poder calcular del todo- qué se pierde de sí cuando muere un ser querido. Cada muerte nos remite a la propia, por más lejana que parezca. La fe, lo mismo las artes y celebraciones, son vías en las que, sin garantías ni certezas, se intenta responder sobre el sentido de vida y muerte. Pero hay otras muertes que son una clara denuncia y reclamo social, voceras en carne viva de los malestares de una colectividad, son ellas portadoras de nuestra memoria.

La muerte de Gabriela Pineda Aguilar, estudiante de psicología (UANL) se une a las de miles de jóvenes a lo largo y ancho de México, que expresan, de manera individual, el sufrimiento de una colectividad (“Toda psicología individual es al mismo tiempo psicología social” Freud) producto de la deficiente estrategia de guerra que lanzara, desde el inicio de su sexenio, Felipe Calderón. Parece que para el Estado las muertes de sus jóvenes no representan un clamor social suficiente como para, por un lado, reconocer el fracaso rotundo de las medidas tomadas, así como la urgencia del cambio en la estrategia. Parecería que la apuesta del gobierno es que cada ciudadano piense la muerte de su amigo/a, hijo/a, novio/a, esposo/a, hermano/a como ofrenda numérica, o como se les ha llamado biopolíticamente con la nazi nomenclatura de “Daño colateral”, mártires del accidente e ineficiencia de una guerra que nadie pidió y todos padecemos. Es paradójico que sea en este sexenio precisamente, en el cual se ha hablado tanto de la protección y oportunidades para niños y jóvenes, en el que se les asesine por millares y a los que quedan vivos, se les reduzcan las posibilidades de vivir y convivir. Una caricatura del monero José Hernández lo expresa con mayor claridad: “Para que la droga no llegue a tus hijos...te los estamos matando” Mientras esto sucede, el aparato del Estado prefiere regular las papitas que se comen los niños y jóvenes en las escuelas, porque “dañan su salud”

¹ El Porvenir (13/04/11)

La muerte de Gabriela Pineda fue cortada de tajo cuando un comando armado perseguía a un policía, y éste fue asesinado perdiendo el control de su unidad, atropellándola. Según sus amigos, se dirigía a su casa después de un cotidiano día de escuela. La muerte la encontró en la esquina de una calle, mientras esperaba un camión. La comunidad estudiantil de psicología lamentamos su muerte, lloramos de rabia y dolor por la potencialidad de su vida que fue cortada, quedando en el anhelo de quienes seguimos vivos. Pero al mismo tiempo, volteamos al contexto social, desde el más inmediato al más amplio del país en el que vivimos, y advertimos los tejidos rotos del drama que compartimos los ciudadanos: habitamos en medio de una guerra mal planeada, con medidas ineficientes (se ataca al narco menudista y no a “Los Señores del narco”, por ejemplo.) Y a desamparo de quienes deberían garantizar condiciones básicas de seguridad: educación, empleo, seguridad social, etc. el asunto se politiza y terminan los gobiernos municipales y estatales por pasarse “la bolita” mientras los muertos, nuestros muertos, siguen ahí mirándonos, interpelándonos sobre el rumbo a tomar....

Descanse en Paz Gabriela Pineda Aguilar, mi más sentido pésame a su familia, novio, amigos y compañeros.

<http://camiloramirez.jimdo.com>

Twitter: CamiloRamirez_